

que es preciso usar de la *prudencia*; sin duda ninguna, os respondo yo; toda la prudencia que queráis *con tal que el vicio sea corregido, que el escándalo sea reparado, que la causa de Dios no pierda*. Porque en verdad os digo, si vuestra prudencia consiste en ponerlos siempre de parte de la sinrazon, aunque sea bajo hermosas apariencias; si es cosa de que la honra de Dios haya de menoscabarse en cuanto esté en vuestras manos, y que la iniquidad se crea segura y bastante fuerte desde el punto que la hayáis de juzgar vosotros; si todo ese temperamento, en fin, de prudencia que afectáis, no consiste sino en resfriar vuestro celo y entibiar el de los demás; será todo eso prudencia y habilidad, si así os place; pero serán aquella habilidad y prudencia que *San Pablo anatematiza*, poniéndola entre las obras de la carne, cuando dice á los romanos: *Sapientia carnis inimica est Deo...* Me direis tambien que vuestro celo puede causar estrépitos y ruidos: pero respondedme: si el impedir lo que sabéis vosotros que es un verdadero desorden, ya sea en vuestra familia, ya fuera de ella, no vale la pena de causar estrépito y ruido ¿qué cosa hay que lo valga en el mundo...? Pero ese ruido y estrépito va á turbar la paz, os oigo decir. *Que la turbe*, os responde San Agustín; eso mismo será glorioso y mas digno del espíritu cristiano; porque *hay una falsa paz, que debe ser turbada...* No, no, no hay paz, ni doméstica ni estraña, que deba ser preferida á la obligacion de defender los intereses de Dios, y de oponerse á que se ofendan.»

Nos parece que basta lo citado, pues no es cosa de insertar todo el sermón: léalo entero el Sr. Gaduel, y su buena fé le obligará á confesar que aquel grande y sábio Bourdaloue no era por cierto enemigo de la *teología seglar*. Porque ello, no hay medio; sin un poco de teología es imposible tratar de asuntos relacionados con la fé, imposible estar siempre alerta contra lo que pueda ser dañoso á la ley, al culto, á la honra, al interés de Dios. ¿Y cuál es mayor mal, preguntamos al Sr. Gaduel, aventurar una definicion ó una palabra que no sean exactamente conformes al rigorismo de la ciencia, ó sufrir paciente, prudente, cobardemente que la religion padezca afrentas y difamaciones? Por lo que á nosotros toca, paladinamente lo confesamos: quisiéramos cien veces mas dar pretexto á los incrédulos para que nos acusen de *triteismo* y de *pseudo-tradicionalismo*, y esto suponiendo que sepan lo que se dicen, que no dejarlos impunemente atacar, á nuestra vista y á vista de otros, la existencia de Dios, la divinidad de Jesucristo, ó la autoridad de la Iglesia. Si tal vez erráramos en algo, no por eso daremos en hereges ni nosotros ni nuestros lectores; porque á todas nuestras heregias provee la plena sumision que con toda el alma profesamos á la santa Iglesia católica. Pero el silencio haria de nosotros unos *cobardes*, y de nuestros lectores pudiera hacer unos *ateos*.

III.

El periodismo religioso ha nacido de las necesidades de la Iglesia en la sociedad moderna; pero todas las cosas tienen sus inconvenientes, y las nuevas, sobre todo, tienen sus detractores; hay ciertos espíritus que, rectos y bien intencionados como son, no llevan sin embargo en paciencia nada que no se haya hecho en todos los tiempos: si la cosa nueva, contra la cual están ya por natural inclinacion prevenidos, llega por desgracia á incomodarles en algo, ó ya si no pueden hacerla que se preste á servirlos, sin aguardar á mas, la condenan absolutamente. Tal ha sido la suerte del periodismo religioso: los primeros anatemas lanzados contra él son contemporáneos de sus primeros dias: nacido al borde de los cadalsos en tiempos del terror, salpicado con la sangre de los mártires, probado ya con persecuciones é injurias, habia sido, en el espacio de cuatro ó cinco años, suspendido, suprimido, y muchas veces arruinado, cuando del seno mismo de la Iglesia se levantaron voces para maldecirle. Algunos de los prelados que se habian refugiado en Alemania desde el principio de la revolucion, dieron en pensar que el periodismo religioso erraba en materia grave, y se metia en lo que no era de su competencia. ¿Cuál era su crimen? Segun sus detractores, el de poner muy alto los derechos del Papa. Tratábase por entonces del Concordato y de la reorganizacion de las iglesias: necesitaba este proyecto que se abolieran los títulos existentes para hacer un nombramiento de Obispos enteramente nuevo. Entre los Obispos, unos ofrecian filialmente su dimision, otros lo rehusaban, negando á la Santa Sede el derecho á exigirselo. Por aquella época apenas habia ultramontanos en Francia, y desde luego el periodismo religioso no lo era; pero la fuerza de las cosas lo iba irresistiblemente llevando á profesar la doctrina romana pura, y la sostenia vigorosamente. Ese era su crimen, por el cual fué castigado primero, y glorificado despues.

Si escribiésemos la historia de la prensa católica, se veria que poco mas ó menos siempre ha estado en la misma situacion, es decir, alentada como entonces por la opinion general, y como entonces, combatida por el espíritu privado. Cuán difícilmente desaparece este espíritu, hasta cuando se halla ya casi unánimemente abandonado, digalo un reciente escrito que á pesar de haberse dado á luz sin nombre de autor, ha tenido bastante importancia para poner en cuidado al Sr. Arzobispo de Reims y á algunos otros Prelados. Este escrito, que no es seguramente ni *triteista* ni *pseudo-tradicionalista*, no es sin embargo grandemente ortodoxo: con todo, á nadie le ha ocurrido que pudiera ser obra de un seglar, pues bien claro está diciendo el partido, la opinion, las ideas y tendencias, que mas

especialmente se creen contrariadas y molestadas por la prensa religiosa seglar; con lo cual se ve claramente tambien la principal razon de la hostilidad contra que tenemos hoy que defendernos. Pero sean cualesquiera los motivos de esta hostilidad, el hecho es que ella ha armado siempre bastante bulla, alegado bastantes razones ó pretextos, y sobre todo encontrado bastantes auxiliares, para que al cabo cierto número de conciencias cristianas hayan concebido incertidumbres acerca de la utilidad y legitimidad del periodismo religioso, el cual justamente á consecuencia de estas mismas contradicciones ha obtenido un honor mas insigne que nunca. Véase cómo.

Durante el año de 1847, en lo mas rudo del combate por la libertad de la Iglesia, el M. R. Sr. Parisis, Obispo entonces de Langres, y cuyo solo nombre lo dice todo, creyó útil emplearse en definir los derechos y deberes de la prensa católica. Reconociendo, por una parte, los servicios que esta prestaba, y oyendo por otra, las apasionadas censuras que la perseguian, se dignó aplicar al fallo de este litigio la fuerza y las luces de su gran talento, jamás indiferente á nada de cuanto interesa á la causa de Dios. Ninguno de nuestros teólogos recusó la competencia de aquel Prelado, pues era evidente que no solo tenia en favor suyo la autoridad, la mision y la doctrina, sino tambien su experiencia; pues tan conocidas le eran las cosas y las personas, como los principios: consultado muchas veces por escritores religiosos, informado por sí mismo acerca de las querellas de los adversarios de estos, y suficientemente conocedor de la polémica entablada, estaba en aptitud de fallar con pleno conocimiento de causa. Hizolo así en efecto por medio de un *tratadito práctico sobre el periodismo*, como él mismo lo titula, y que es una verdadera constitucion de la prensa religiosa. Impresa está por cierto, y formando la division sétima del apreciable libro, titulado: *Casos de conciencia, relativos á las libertades ejercidas ó reclamadas por los católicos*. El Sr. Gaduel, que lee tantos libros, no ha leído de seguro este; porque de haberlo leído, no hubiera dejado ciertamente de mencionarlo en sus dos artículos especialmente consagrados á poner de manifiesto las ingerencias y usurpaciones de los escritores seglares; permítanos, pues, que remedemos aquí su olvido; bien que forzados como nos vemos á no presentar mas que extractos, le aconsejamos que se procure la obra citada, y que la lea enterita: en ella encontrará miras bastante diferentes de las suyas, y caso de que las llegue á entender tales como son, verá la diferencia que hay entre un teólogo que escribe á la luz de su candil, tapándose el mundo con las cortinas de su ventana, y atormentando el dorso de sus rancios libros para encontrar en ellos á toda costa un argumento contra el adversario que ha escogido ó que le han señalado; verá, decimos, la diferencia que hay

entre este teólogo de aula y el verdadero teólogo, el hombre político y hombre de Estado, que estudia á la luz del dia, y no solamente en los libros muertos, cuya sabiduria no es esto decir que ignore ni desdeñe, sino en la sociedad viva y palpitante, á cuyas urgentes necesidades hay que proveer urgentemente.

El M. R. Sr. Parisis, colocándose desde luego en un punto de vista mucho mas elevado de lo que comunmente se acostumbra, compara el periodismo á la guerra, pues que guerra es, querida y organizada por las instituciones mismas de la nacion; guerra por consiguiente legitima en el ataque y en la defensa, y que consiéndolo, para los escritores católicos, en atacar el mal y proteger el bien, es no solamente permitida, sino preceptuada por la caridad.—«Si no fuera permitido hablar ó escribir contra los actos ó las tendencias perjudiciales á la sociedad, preciso seria decir que el arma de la palabra, única que Dios ha dado á su Iglesia, y que además es hoy la mas poderosa de todas, aun en el orden natural, deberia ser abandonada á nuestros enemigos.... Esto seria tanto como exigir que el mundo quedara sometido al imperio del mal por aquellos mismos que tienen encargo expreso de sostener y ensanchar, cada cual segun sus medios, el reino de Dios.»—Aquí se ve el mismo pensamiento de Bossuet y de Bourdaloue, aplicado á las circunstancias del tiempo presente.

Despues de fijar los derechos del periodismo en la actual constitucion de la sociedad, que por cierto analiza luminosamente, y despues de haber demostrado que el ejercicio de aquellos derechos constituye para los cristianos un verdadero deber, continúa el Sr. Parisis expresándose en estos términos:

«A nuestros ojos, el periodismo religioso no es solamente una ocupacion útil y grave, no es solamente una obra indispensable para salvar la sociedad, sino que es tambien una especie de apostolado; y para convenirse de ello, no hay mas que considerarle en su objeto y en la índole de sus tareas. Porque ¿cuál es y debe ser el objeto del periodismo católico, sino combatir el error y defender la verdad, cualquiera que ella sea, pero sobre todo, la verdad divina? La Providencia, que hace conocer la verdad á los hombres por el concurso de los sucesos que ella misma dispone con invencible fuerza, no parece sino que al constituir las sociedades modernas y al suscitar en ellas el periodismo religioso, le ha dicho, como en otros tiempos dijo al Profeta, si bien en esfera mas limitada: *Ecce constitui te hodie super gentes et super regna, ut evellas et destruas, et disperdas et dissipes, et ædifices et plantes* (Jer., 1, 10). ¡Cuántas injusticias no hay que solo el periodismo puede poner de manifiesto! Muchas mas aun que los pastores de almas, pues que la libertad de su divino ministerio está hoy limitada por las leyes civiles, y los tribunales pueden perseguir y cas-

tigar toda acusacion personal, todo cargo, por legítimo que sea, contra la autoridad, hecho en un sermón ó en una pastoral. ¡ Cuántos abusos no hay que solo el periodismo puede remediar! ¡ Cuántos poderes opresores, á quienes él solo puede intimidar! ¡ Cuántas instituciones útiles á la religion, cuyo planteamiento solo él puede promover, cuya ruina puede impedir él solo! ¡ Y esto por la sola autoridad de una palabra firme, pública, infatigable, y sobre todo, siempre sincera! ¡ Qué mas se necesita para que, atendido su objeto, deba el periodismo religioso ser tenido por una especie de apostolado! »

» Y si consideramos ahora la índole de sus tareas, ¡ cuánta semejanza no ofrece con las de los ministros de la palabra divina! A la manera que ellos, por su número, por su riqueza y por todo lo que constituye los medios humanos, es menos fuerte que sus adversarios, á quienes tiene siempre sin embargo en alarma; á la manera que ellos, protege al débil contra el poderoso, y al humilde contra el soberbio; á la manera que ellos, combate las malas pasiones, y al combatirlas, muchas veces las subleva contra sí mismo, sin haber medio de que los enemigos de Dios no echen mano para imponerle silencio. »

No son estos los únicos pasajes de su libro en que el Sr. Parisis proclama sus simpatías por el periodismo religioso, hasta el punto de contar la fundacion de un diario que sea verdaderamente católico, entre las obras piadosas mas aceptas, sobre todo, en estos tiempos, á la religion. En verdad que si grato nos es pensar que el exacto conocimiento que aquel prelado tenia de nuestra empresa y nuestras mas intimas convicciones, en nada habia disminuido su confianza, debemos, sin embargo, confesar que esa mision santa, indicada por tan ilustre obispo á simples seglares como nosotros, nos infunde bastante mas temor que estas otras alharacas y contorsiones de teólogos descontentadizos, que apenas parecen conceder á un seglar el derecho de persignarse en público. Cuando una y otra vez recorremos las páginas del Sr. Parisis, nos espanta nuestra inmensa responsabilidad; pero cuando oimos á estos teólogos, la suya es la que nos da cuidado; pues que en resumen no otra cosa quieren ni pretenden sino echar por tierra esta obra auxiliar del apostolado, que tantos encomios merece á uno de nuestros mas venerables prelados, deseoso de propagarla y multiplicarla.

Nos estan echando en cara sin cesar las faltas del periodismo religioso, ó para hablar mas claro, las faltas del *Univers*; como si ellos mismos estuvieran exentos de la flaqueza humana, como si alguna vez no se engañasen, y cometieran tambien faltas los periódicos en que ellos escriben. El Sr. Parisis les da una leccion de justicia y de modestia, cuando al hacer sus reprimendas dirigidas á todo el mundo, dice que las faltas, por otra

parte disculpables de los escritores *en nada disminuyen la utilidad ni la necesidad de la obra que han emprendido.* » Por ventura, dice, ¡ cuál es el pastor de almas que no tiene algun cargo que hacerse á sí mismo por la manera con que desempeña las funciones de su sagrado ministerio? Y porque Dios haya encargado de dispensar sus gracias á hombres frágiles, se ha de pretender que las faltas cometidas por su fragilidad recaigan sobre el ministerio que ejercen? »— Asi habla el obispo que mejor ha estudiado la cuestion de la prensa religiosa seglar: compárese ahora su lenguaje con el interesado clamoreo que sin cesar levantan contra ella, por una parte los incrédulos á quienes estorba é incomoda; por otra los *políticos* descritos por Bourdaloue, cuyas combinaciones desbarata, y por último esos doctores y mercenarios del particularismo, á quienes tanto alarman las *corrientes de opinion* que van á Roma, es decir, á la unidad.

Vamos ahora á otro punto que interesará especialmente al Sr. Gaduel, en su calidad de gran cazador de heregias, y tan mal avenido con los seglares que no tienen autoridad para tratar de los intereses de la Iglesia, ni aun para estudiar los problemas políticos en aquellas profundidades donde la teología domina todas las cuestiones humanas. Cuenta que este parece ser el crimen cometido por el Sr. Donoso, y de rechazo por el Sr. *Veuillot*, y á la postre por el *Univers*: á todos tres les muestra el Sr. Gaduel abiertas la pavorosas simas del error, en que necesariamente ha de hundirse todo el que no haya estudiado á Witasse y á Billuart, cuando menos. El Sr. Parisis trata la cuestion sobre este punto en la segunda parte de su opúsculo *Del periodismo en la Iglesia*: si el Sr. Gaduel encuentra que el sabio prelado tiene aquí la manga ancha, cuenta suya será, que no nuestra.

Después de haber fijado el derecho inconcuso de enseñar que tiene la Iglesia, se pregunta el Sr. Parisis cómo la Iglesia considera al periodismo, y se responde así: « La iglesia no ve en el periodismo sino una de las formas con que puede espresarse el pensamiento humano: ahora bien, la Iglesia no condena la forma, en que el espíritu humano espese su pensamiento, sino el pensamiento mismo, cuando es contrario al divino enseñanza; pero cuando es ortodoxo, no se cura de la forma bajo la cual se produce, sino que aprueba, estimula, bendice la difusion de la verdad en todos los idiomas, aun los mas incultos, bajo todos los símbolos, aun los mas vulgares, y por todos los medios, aun los mas opuestos algunas veces á lo que el mundo llama sabiduría, con tal de que nada tengan de contrarios á la moral ni á la verdadera sabiduría segun Dios. »

Rogamos de paso al Sr. Gaduel que tenga presente este pasaje para cuando nos toque justificar nuestra empresa de la *Biblioteca Nueva*, en que está inclusa la obra del Sr. Donoso Cortés, y contra la que tanta ira muestra el buen teólogo. »